

Un 13 de enero cambio mi vida, lo que prometía ser un día estupendo de rebajas, acabo siendo el peor día de mi vida, sobre las cuatro de la tarde recibí una llamada, era mi médico, algo no había salido bien en mi analítica rutinaria, me dijo que bajara al hospital y me pidió que no fuera sola, fui con una amiga y lo primero que hicieron fue repetirme la analítica y al poco rato una doctora encantadora me dijo que tenía que ingresar, eso si, añadió que tenía mucha suerte, que tenía una leucemia de buen pronóstico.

Yo no daba crédito solo pensaba “se están equivocando” y ahí, empezó todo. Ingreso, tratamiento, efectos secundarios, mucositis, vómitos, cansancio, y lo peor para mí, mi pelo.

A veces echo la vista atrás y lo veo como algo no real, me cuesta recordarlo, fue una época dura, aunque también saque muchas cosas positivas, ves realmente quienes son tus amigos, valoras tu tiempo, aprendes a relativizar las cosas y a aprovechar los buenos momentos, te das cuenta también de que el mundo sigue sin ti, que tus hijos pueden seguir sin ti, que la vida continua, aunque tú te pares.

Es duro, se pasa mal, pero se sale, y eso que dicen que la actitud es muy importante, es así. Despertarte con el pensamiento de que es un día menos de tratamiento y agarrarte a lo bueno de cada día, a mi me ayudaba sentirme guapa y por ello cada día me levantaba, me ponía mi peluca y me pintaba los labios y me veía guapa, delgada, peinada, pintada... no quería que mis niños me vieran fea y sobre todo no quería verme fea.

Fueron meses largos pero al final escuche las palabras mágicas: “remisión completa”

De esto han pasado ocho años y aún recuerdo cuando la doctora me dijo: “esto acabará siendo una anécdota en tu vida”.